

ALBERTO VERÓN*

Los espectros de Mayo del 68**

El mundo que se ha querido imponer luego del colapso del «socialismo real» durante los años 80 y 90 —socialismo que poco acabó conservando del espíritu revolucionario original— resultó lo opuesto: el advenimiento de un afán «contrarrevolucionario». Pensar públicamente en la palabra «revolución» irrita a un mundo cuya única revolución posible es la que se ejercita en la publicidad y el mercadeo. La vigencia de Mayo del 68 está en su supuesta derrota. Su derrota es entonces lo mejor de su propuesta, que fue negativa, pues no quiso hacer un programa de partido, un cenáculo de líderes y de cuadros que se hicieran cargo del poder entronizado.

La revolución de Mayo de 1968 fue cultural,
no política, no buscaba el poder sino disolverlo.
Y ganó las mentes, no las burocracias.

MANUEL CASTELL

Todas las críticas a los fuegos de artificio político del 68
no tienen en cuenta su hoguera fundamental, encendida desde el sexo,
y gracias, decisivamente, al movimiento de liberación de la mujer.

VICENTE VERDÚ

El interés de Mayo del 68 radica en haber sido un levantamiento-bisagra entre el movimiento obrero tradicional, con sus símbolos, su vocabulario y su cultura (bandera roja, barricadas, ocupación de fábricas), y la aparición de nuevos movimientos sociales que no se limitaban a contestar la explotación sino también los mecanismos de la opresión y de la exclusión. Después de Mayo del 68, pero fecundados por él, se van a desarrollar los movimientos feministas, ecologistas y antirracistas. Y en la Francia actual, el movimiento de los indocumentados o de los parados. Desde este punto de vista, hay que reconocer que las grandes movilizaciones y manifestaciones que se produjeron en Francia en el mes de diciembre de 1995 crean lo que hoy se denomina el espíritu del 95, retomando y profundizando la radicalidad y la insolencia del espíritu del 68.

ALAIN KRIVINE

* Ensayista y poeta colombiano. Profesor auxiliar de la Universidad Tecnológica de Pereira, es autor de *Paisaje urbano del siglo que amanece* (2000) y coautor de: *La manzana oxidada*.

** Publicado en *Le Monde Diplomatique*, *El Dipló*, Bogotá, 2008; 66: mayo.

1. La palabra prohibida

Pensar en una revolución, como la de Mayo del 68, en la Colombia de mayo de 2008 es temerario, y que sea temerario le otorga una hermosa osadía, precisamente por usar una palabra que suscita inquietud entre unas fuerzas establecidas, gustosas por borrar de la pizarra la palabra, declararla obsoleta, totalitaria y responsable de mucha sangre y muchos abusos.

El mundo que se ha querido imponer luego del colapso del «socialismo real» durante los años 80 y 90 –socialismo que poco acabó conservando del espíritu revolucionario original– resultó lo opuesto: el advenimiento de un afán «contrarrevolucionario». Ese odio feroz respecto de todo lo que ofreciera visos de repulsa al sistema se supo canalizar por nuestros grandes medios de comunicación nacional, por una universidad privada que es cómplice de la honda reverencia hacia el poder, combinada con la más radical astucia, hasta por una universidad pública reducida al control total, un sindicalismo desprestigiado y una izquierda dogmática, amordazada o eliminada. Pensar públicamente en la palabra «revolución» irrita a un mundo cuya única revolución posible es la que se ejerce en la publicidad y el mercadeo.

El origen del vocablo revolución está conectado a la inconformidad de los más pobres ante los más ricos; a combatientes de las causas de los hundidos, de los perdedores y olvidados, y no solo a dirigentes de partidos todopoderosos que se hicieron con el poder casi absoluto de sus naciones, a movimientos de insurgencia que terminaron convirtiéndose con el tiempo en tan terribles y sanguinarios como los enemigos de clase que combatían. Sin embargo, también la alusión a Mayo del 68 se asocia a una nueva imagen de mujer, a un sistema de aspiraciones, en término de género, completamente distintas del tipo de mujer que se ha conocido en Occidente.

Pero los orígenes de la palabra no son en manera alguna tenebrosos. Una voz autorizada,¹ como la de Reinhart Koselleck, nos recuerda que ella es un concepto lingüístico de la modernidad europea. Mezcla de física y política, la revolución trazaba las propias rutas de unos astros

¹ Reinhart Koselleck: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1993.

en el cielo pero dejando su influencia en las acciones humanas. En el siglo XVIII, la revolución incluía sucesos políticos repentinos en la historia, las guerras civiles, los levantamientos sociales. En ese mismo siglo, la palabra admirada por los ilustrados estaba de moda en el vocabulario de los salones. En la Francia de 1789, la revolución parece ser ya una palabra de casa, un fenómeno singular que tiene la capacidad de incluir a toda una serie de acciones individuales. Para los hegelianos de izquierda, definirse como revolucionario implicaba respetar un nuevo tipo de Estado capaz de superar al tradicionalmente clasista. En el siglo XX, ser revolucionario en términos políticos conduce al derrumbe del Estado monárquico o del Estado capitalista. Mientras, en el siglo XXI, la mutación de la palabra es evidente, pues se trata ya de un alzamiento planetario, transnacional, contra diversas formas de injusticia política, económica, ambiental, de género, religiosa, étnica.

El carácter de esta palabra, enterrada, derrotada, olvidada, hace también que la nominación de Mayo del 68 sea la invocación de un espectro,² que se invoca por medio de una palabra y una indicación en el calendario. El aliento que impulsa estas efemérides es el de la constitución de una nueva manera de organización humana, más allá de la estructura de poder y de dominio de cualquier tipo de Estado.

Empecemos por la hipótesis: la vigencia de Mayo del 68 está en su supuesta derrota. Su derrota es entonces lo mejor de su propuesta, que fue negativa, pues no quiso hacer un programa de partido, un cenáculo de líderes y de cuadros que se hicieran cargo del poder entronizado. Pedirle a Mayo del 68 resultados es hacer la historia con la mirada de los vencedores, cuando lo más rico de su esencia se desprende de su derrota: la perspectiva del grito³ unida al movimiento de los cuerpos a través del espacio físico de la ciudad.

De la sensibilidad de Mayo del 68 parece que nos separan más de 40 años. Como si el viento de la historia hubiese pasado por esa gran casa donde se erigían los mitos de la redención social, dejando sus vidrios rotos, las puertas destrozadas, el interior prácticamente inservible. Diversas fuerzas se unieron en el ejercicio de esa demolición de los idea-

² Jacques Derrida: *Espectros de Marx. El Estado de la deuda. El trabajo del duelo y la nueva internacional*, Trotta, Madrid, 2003.

³ John Holloway: *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, El Viejo Topo, Barcelona, 2002.

les: desde los enemigos acérrimos a cualquier idea de revolución hasta las luchas internas entre militantes preocupados por hacer de su pedazo de utopía la más objetiva de todas.

La pauperización de las agendas de justicia coincidió con la bonanza de ponerle un precio, un valor de cambio, a cada aspecto de la vida; ¡poco ha quedado en este mundo que no se cobre! Si los años del «Estado de bienestar» plantearon que todos teníamos derecho a disfrutar de las riquezas del trabajo, el lema del siglo XXI es ponerle un precio a cada movimiento físico del cuerpo humano. A sangre y fuego, este siglo arrancó recordando que la propiedad privada es el principio de identidad humana, que su impugnación tiene todavía en nuestros tiempos el peso y la condena de quien en otros tiempos osaba renegar de Dios. Renegar de Dios es como renegar del capital, es hacerse sospechoso a ojos de la religión moderna del capitalismo. Quienes carecen de propiedad —¡como si la vida misma no fuera una propiedad difícil de administrar!— son los vencidos en la batalla de la economía.

De allí que recordar a Mayo del 68 no significa necesariamente volver al lugar común de la derrota, de los ideales colectivos traicionados por la llamada «naturaleza individual». Lo más importante de Mayo del 68 es lo que se aspiró a cambiar, ese crío de la desalienación, la autonomía, el vencimiento de los colores de partido que parecieran no haber podido ser superados.

2. El hombre que se toma la calle

Leer Mayo del 68 a la luz de los escritores avisadores del uso libertario de la calle implica una tentación de la memoria por redimir el asunto histórico del lastre que significa ser olvido, ser pasado clausurado y sin posibilidades de vigencia. Mayo del 68 ofrece en el mundo más civilizado el retorno a la calle de un hombre y de una mujer inconformes. El desafío a no ser sujetos cosificados, la oposición a unas cláusulas que privilegian al individuo acorazado en su propio yo, en su propiedad privada, en su coche. Es el regreso a la calle y la crítica de la autopista.

¿Qué habría pensado Charles Baudelaire del Mayo de 1968? Si existe en la modernidad europea un poeta que haya intuido el drama que se representa en la calle, la capacidad poderosa de la masa arrojada al enfrentamiento urbano, el poder del adoquín contra las vitrinas del comer-

cio del burgués, ese es, sin duda, Baudelaire. Tras todas las generaciones de jóvenes descontentos con las injusticias que se cometen en el mundo está la sombra del poeta de París. En la deriva propuesta, como modo de conocimiento de la ciudad por los «situacionistas» franceses, está oculto el recorrido del Paseante de Baudelaire, cuyo desplazamiento por los bulevares cautivó a Walter Benjamin, ese otro paseante de la ciudad.

Las barricadas del siglo XIX permanecen en la memoria en su forma más eufórica: la ebriedad del alboroto, del alzamiento. Recordemos que durante 1830, en París, se levantaron 6 000 barricadas.⁴ De entonces hasta nuestros días, estas han adquirido una connotación romántica como forma de resistencia, aunque cada vez más obsoletas frente a unos poderes más nutridos de armamentos sofisticados y más intolerantes con toda forma de sublevación.

Baudelaire, como un Marx de la poesía, capta el profundo malestar que se incubaba en las calles. Lee en los ojos de los pobres, en el cuerpo de la prostituta que se exhibe, del malandrín que asecha en un rincón oscuro, en el olor de tabaco y alcohol de los «dumpenproletarios», la extrema desesperación, la impotencia, la ira, el resentimiento; descubre la dinamita oculta que amenaza encender un mundo injusto.

El movimiento de los cuerpos por la ciudad tiene ilustres depositarios de Baudelaire, como el «Paseante» de Benjamin y la «deriva» de Debord. El manifestante callejero de Mayo del 68 no será quien se exprese por un partido político ni por un Estado ni por un Dios: se trata de la subjetividad curiosa, heroica, del *Flâneur* que no se somete a las leyes del Estado o del mercado, y que por tanto deriva hacia una serie de nuevos usos de la ciudad. Esos usos responden al grito y al cuerpo. El grito aparece expresado en John Holloway como la posibilidad límite ante la injusticia: gritamos por lo que no queremos y por lo más querido; gritamos como deseo puro. El cuerpo no es una máquina donde se reproducen las dinámicas del modo de producción dominante. El cuerpo, por medio del deseo, desata lo inesperado. Se quiere ir más allá del cuerpo que repite los esquemas de desplazamiento para la reproducción de la riqueza; se quiere también ser cuerpo para el goce, cuerpo que exhibe las marcas de su inconformidad, cuerpo que busca escapar al

⁴ Walter Benjamin: *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid, 2005, p. 148.

cercos del control. La gramática que articulan el cuerpo que se rebela y el grito que expresa el desasosiego se apropian en Mayo del 68 y en los sucesivos alzamientos contra el poder por medio de dos vehículos: el adoquín y la toma del espacio público.

El adoquín es el objeto físico que representa la furia carnavalesca de Mayo del 68. Este objeto atraviesa la historia de la modernidad porque, mientras la ciudad se construye de adoquín, la revolución lleva a un desmonte, especie de rompecabezas, del proyecto urbanístico de ciudad.

La calle adoquinada, signo del París napoleónico, es también el escenario donde la modernidad proyecta sus conflictos. La calle se adoquina de modo que los carros, los nuevos trabajadores de la civilización y del progreso, circulen más rápidamente. Si este material puede ofrecer un carácter más líquido y fluido a la sociedad que despierta, terminará también siendo un arma en las manos de los alzados de las barricadas del siglo XIX y de las barricadas que se levantan en el París del 68. El adoquín para romper los objetos que vende la sociedad de consumo, para asaltar todas esas mercaderías que el capitalismo industrial impone como blasones en el reino de las marcas.

La iconografía de la conjura y de los alzamientos tiene usualmente a un hombre joven con una piedra, con un ladrillo, con un adoquín entre las manos. El adoquín es una primera arma y en ella conviven el progreso y la barbarie. Las imágenes del Corralito argentino ilustran el uso del adoquín por la masa resentida y desesperada, al igual que las acciones antiglobalización de los jóvenes en Porto Alegre o en cualquier lugar del planeta donde los poderosos de la Tierra instauran sus grandes espectáculos a la sombra de la miseria de millones de seres humanos.

En ese ideario revolucionario de nuevo cuño sobresale el uso del espacio público –la calle– como manera de desafiar el imperio privado de los poderosos centros comerciales. Los jóvenes que en Génova, en Barcelona, en Porto Alegre o en Caracas se han reunido a protestar contra el modelo de «globalización» que se impone, han expresado su indignación en los andenes, junto a los semáforos, interrumpiendo el tránsito, estableciendo un diálogo con la generación que, anterior a ellos, se volcó a las calles de París en el Mayo o los checos que en su Primavera pedían respeto para su suelo, o en San Francisco cuando se denunciaba el acto criminal que era la guerra de Vietnam.

La plaza de Tlatelolco, los Campos Elíseos de París, la estatua del rey Wenceslao en Praga o la calle de cualquier otra ciudad del mundo, dejan

de ser el plácido escenario para turistas, con sus tiendas de suvenires y con sus infaltables curiosos viajeros japoneses. De súbito algo pasa: son jóvenes manifestantes que recuerdan cómo la memoria política no ha sido enterrada, luego que los dirigentes de las izquierdas y de los movimientos sociales de los años 60 no encontraran otra salida que la de pactar con las triunfantes democracias de mercado de los 80 y los 90.

En Colombia, la invocación de salir a la calle ha pasado por distintos momentos: el pueblo desbordado, ebrio de rabia, que incendia el centro de Bogotá luego del asesinato de su caudillo Jorge Eliécer Gaitán, las protestas y demandas del sindicalismo de los años 70 y 80, las marchas de luto de la izquierda en los 90, dolida, herida frente al exterminio de sus gentes, o las manifestaciones de las víctimas contra la violencia de cuño paramilitar del siglo XXI.

3. El siglo XXI y el retorno de los espectros

El siglo XXI despertó con el regreso de un «ideario» revolucionario de «nuevo cuño». Millares de personas expresan lo que experimentan millones: que el orden actual puede resultar perverso y que «otro mundo es posible». El programa para ese mundo posible lo sintetizó Ignacio Ramonet de la siguiente manera: un impuesto a las fortunas más elevadas del planeta, el fin de la deuda externa para los países más pobres, un porcentaje de recursos para acabar con el hambre en todo el mundo.

El recuerdo juega extrañas pasadas porque la denuncia y la incomodidad contra los poderosos retornan. Hace 40 años la posibilidad de que el «calor» solar se filtrara en la atmósfera y rompiera un equilibrio de siglos en la naturaleza no era un asunto acuciante y agobiante. Tampoco era una realidad inmediata la extinción del obrero sindicalizado y su reemplazo por un trabajador de «maquila» sin derecho social alguno, condenado a ser una figura por completo anónima y desechable en el nuevo esquema de producción del mundo.

Hoy, la economía ha colonizado el agua, envasándola y vendiéndola, y se apodera de los cuerpos adelgazándolos, reconstruyéndolos, penetrando en su genética con un hambre empresarial voraz, haciendo de hospitales y del cuidado de los seres humanos un mezquino escenario de «a quien paga más se le asiste mejor», y convirtiendo la educación en

laboratorio para el amansamiento y la reproducción de la nueva división social mundial.

De allí que la herencia de Mayo del 68 haga reverdecer sobre la actualidad un nuevo programa donde política y poesía vuelven a estar de la mano: en vez de detener la crisis, intensificarla. La deuda y el crédito son violencia. El actual capitalismo financiero puede ser tan terrorista como lo que se entiende hoy por terrorismo. La idea de revolución que se teje en red global articula los dramas locales con las solidaridades internacionales; es luchar contra lo que nos separa, contra lo que nos vuelve mercancía, contra lo que nos inmoviliza. Los espectros de Mayo del 68 que retornan a las calles no lo hacen a nombre de un partido político ni de una ideología salvadora. Lo hacen motivados por dramas puntuales, lacerantes y precisos. Son los espectros de ayer y de siempre que lo hacen como prueba contundente de que subsiste en el ser humano una región que se niega a la pasividad, a la aceptación de lo inaceptable.